

La oscuridad de las luciérnagas

Sandra Escames



Nadie está muerto mucho tiempo (2019) es la primera novela de Sebastián Miguez Conde (Montevideo, 1979). El autor ya había publicado una colección de diez cuentos titulada *La raíz de la furia* (2016) preparando al lector para el ingreso en el universo de personajes y situaciones sombrías, dolorosas, shockeantes, que oscilan en un vaivén constante entre el arrebato y la ternura. Se ha estrenado también como dramaturgo en la obra *La loca de los jueves* (2019), inspirada en un personaje que aparece fugazmente en el texto aquí reseñado.

La búsqueda desesperada y rabiosa del amigo de la infancia y la adolescencia es, en este caso, el motor narrativo; la decisión de ir hacia la Ciudad de la Furia, a una Buenos Aires que se parece a las mujeres queridas y esperadas por Adrián: la sensual y exuberante, la hechicera que enamora y envenena para siempre.

Como en un relato policial, la historia de la investigación es contada desde el inicio. Mateo, el narrador, se lanza en una pesquisa que no es únicamente la del amigo desaparecido de forma inexplicable, sino también, y sobre todo, la de un secreto doloroso del pasado. El viaje hacia adelante se vuelve entonces un recorrido hacia adentro y hacia atrás, y a través de los «cuadernos de escribir la vida» de Adrián saldrá a la luz un recuerdo que debió quedar sepultado y que el lector irá descubriendo de a poco: ¿qué ocurrió aquella noche en el cuarto del quilombo de Minas? La búsqueda del *dónde* será necesariamente la pregunta por el *quién*. La ruta Montevideo, Colonia, Buenos Aires (y Minas, en los recuerdos) conduce a la revelación de la identidad, inesperada y cruel, del amigo buscado.

Entre lo que le cuenta Alejandra de los Ángeles, la exnovia de su amigo, y lo que él lee, va «completando los espacios en blanco, las ambigüedades» (p. 75). No sin escalofrío, es la escritura la que pauta el recorrido: los apuntes de Adrián —el personaje con mayor presencia y ausencia en la historia— le brindan pistas al detective-lector que es Mateo; este sabe muy bien que en esos cuadernos no solo se reencontrará con su amigo, sino también consigo mismo. La segunda búsqueda palpita, subterránea, en las páginas de la novela, anunciada por un *leitmotiv*: las luciérnagas, con su «luminosidad imposible» (p. 17). No en vano la primera versión de esta novela se titulaba *Los fantasmas de La Cerrazón*; los fantasmas literales que hablan con la madre de Adrián y, sobre todo, los de un recuerdo que obstinadamente se defiende de quedar al descubierto.

El universo de las criaturas de Miguez Conde está conformado por los rotos, por la gente que sufre la pobreza y la marginación: putas, travestis, gays, strippers, actores y actrices porno, cuida-coches, locos. Mateo, con casi cuarenta años, si bien tuvo la oportunidad de crecer en una familia «bien» y tiene el título de contador, también se ha convertido en un ser arruinado por el «hongo», el impulso suicida que lo obliga a cortarse para drenar la desesperación y «aguantar la fiereza del monstruo» (p. 13). Como el otro monstruo del cuento «Humo» o el huésped-parásito de «El pasajero

perverso» –ambos de *La raíz de la furia*–, habita en él «la herida palpitando, la rabia sorda», las ganas de matarse (p. 17).

Este tipo de literatura ha sido adjetivada como *sucia* y *oscura*, en asociación con el llamado *realismo sucio*, movimiento literario que surge en Estados Unidos y se desarrolla en la década de los setenta y ochenta, en el que la estética de la violencia, el lenguaje sexual explícito y la presentación de personajes marginales constituyen sus marcas de estilo más evidentes. Si consideramos a algunos autores latinoamericanos contemporáneos que han tenido cierta cercanía con esta tendencia, es posible observar algunas afinidades temáticas y de atmósfera entre la narrativa de Miguez Conde y las del cubano Pedro Juan Gutiérrez y el argentino Pablo Ramos, por ejemplo; ambos, sin embargo, con pretensiones de huir de aquella denominación que creen no es más que una etiqueta comercial. De todos modos, si atendemos el tratamiento del lenguaje del autor de *Nadie está muerto mucho tiempo*, encontraremos una gran distancia con las características estilísticas propias del realismo sucio, que, como derivación del minimalismo, ha tendido a la sobriedad, precisión y parquedad extrema en el uso del léxico, especialmente a una adjetivación reducida. En este caso, lo abyecto y lo miserable se transmiten en una prosa, unas veces poética, otras, generosa en descripciones y adjetivación, en un clima que mixtura lo infame con la ternura y la magia (o casi): la madre de Adrián, que está loca y no tanto, la baraja de adivinar, el diálogo con los muertos.

Con ecos macondianos y situaciones a veces grotescas, desfilan por estas páginas personajes secundarios que merecerían el protagonismo en cualquier novela y que se exhiben tan pintorescos como sus nombres: Aquiles, el stripper que le enseñó a bailar a Adrián; Sombra, la que cantaba con una dulce voz, hija de un diplomático inglés y una maestra peruana, que termina en la calle consumida en «el orgasmo feroz de la heroína» (p. 35); Leche, «una negra retinta de dientes salteados y voz de vino lija que alquilaba piezas por mes» (p. 77); Plinio/Piedad, la travesti tan compasiva como su nombre, a quien Adrián conocía del antiguo barrio; Yeray, otra travesti que se prostituye en un cine porno, tiene en su apartamento un maniquí con tetas de arena o de arroz al que presenta como su padre.

Muchos más personajes pueblan el espacio de esta novela fuertemente indicial, según categoría de Roland Barthes, en la que el lector atento deberá ir recogiendo las pistas sembradas a través de los capítulos, algunos fechados, a modo de diario de viaje. De arquitectura sólida, con saltos en el tiempo que abren y cierran la trama de forma equilibrada, esta historia feroz, contada con ritmo intenso, ofrece un desenlace que invita a una relectura total o parcial, o por lo menos a reconsiderar algunos fragmentos y hasta el mismo título, que, si bien se justifica dentro del texto más de una vez, alcanza en el desenlace el valor de una revelación.

Hay un futuro incierto y un pasado que se ha ido rearmando mediante el desciframiento de esos cuadernos. El tiempo es el gran protagonista. Porque desde el principio Mateo esquiva a la memoria: «Me agarro con dos dedos el caballete de la nariz y arrugo el rostro haciendo fuerza por sacudir el recuerdo, la pieza, la mina, los gritos, la luciérnaga» (p. 26). Y casi al final, como un clímax, como una epifanía, la oscuridad brilla en esa luz que no se quiere, que no se puede ver: «Caí de espaldas contra la pared aplastando la luciérnaga» (p. 203).

Sebastián Miguez Conde. *Nadie está muerto mucho tiempo*. (2019). Montevideo: Criatura Editora. 206 páginas.